

## **Intervención del ex vicepresidente del Parlamento Europeo, Alejo Vidal-Quadras, en el acto de recepción del Premio Anual de la Asociación por la Tolerancia celebrado en Barcelona el 27 de septiembre de 2024**

Muy buenas noches a todos.

Mis primeras palabras han de ser por supuesto para manifestar mi profundo y sincero agradecimiento a la Asociación por la Tolerancia y al jurado de su prestigioso premio anual por habérmelo otorgado en su trigésima edición. Y esta gratitud es doble. Por un lado, no hay duda de que figurar en una larga galería de galardonados en la que se alinean nombres de la categoría de Mario Vargas Llosa, Fernando Savater, Arcadi Espada, Gregorio Peces Barba, Félix Ovejero, Albert Boadella, Félix de Azúa o Francesc de Carreras, por citar algunos de tan deslumbrante constelación, es algo ya en sí mismo motivo de irrefrenable orgullo. Por otro, ha sido un detalle que he apreciado enormemente el que me hayáis querido distinguir en vida. No me parecen mal los homenajes póstumos, incluso he participado en unos cuantos, pero reconoceréis conmigo que las posibilidades de compartir la alegría de un galardón tan preciado desde el más allá son bastante reducidas. Un destacado miembro de la Asociación me llamó cuando se supo que yo había sido el agraciado este año y sus primeras palabras fueron ¡Por fin!, expresando así con justificada vehemencia que el premio de la Tolerancia había sido objeto de mis anhelos durante largos años y aunque me consta por filtraciones piadosas que mi candidatura había sido repetidamente considerada, la decisión correspondiente no llegaba. Dado que la dicha que produce un deseo satisfecho es proporcional, entre otros factores, al tiempo que ha tardado en verse colmado, comprenderéis que esta noche me sienta singularmente feliz.

Mis humildes y escasos méritos han sido generosamente magnificados por el presidente de la Asociación y le quedo muy reconocido por sus amables palabras. Y habida cuenta de que la Asociación por la Tolerancia tiene una larga historia de defensa de una determinada visión de la sociedad y del marco ético, jurídico e institucional en el que ésta debe situarse para garantizar la convivencia pacífica y armoniosa de sus integrantes y el respeto a sus derechos y libertades, permitidme que me sume hoy a esta larga e infatigable labor con unos breves apuntes sobre un concepto tan aparentemente inofensivo como potencialmente letal, el concepto de identidad. Es sabido que los errores intelectuales conducen a errores morales y los errores morales desembocan indefectiblemente en errores políticos que pueden llegar a ser fatales y fuente de intolerables injusticias, conflictos violentos o graves sufrimientos.

Empecemos por la base: ¿Qué es la identidad? Pues un conjunto de características o de propiedades que dotan a un ente, humano en el caso que nos ocupa, de su ser frente a otros y que le permite distinguirse de ellos, es decir, la identidad es esencialmente una afirmación de uno mismo para ser reconocido por los demás. Hasta aquí, todo bien, pero ¿qué sucede cuando la identidad se convierte en el fundamento de unas determinadas políticas, denominadas precisamente así, políticas de identidad? ¿Qué oscuras fuerzas se despiertan en el interior de una persona cuando se la convence de que su identidad lingüística, étnica, religiosa, cultural, geográfica o histórica es el valor supremo en la escala axiológica que ha de orientar su comportamiento como ciudadano, como votante, como profesor, como empresario, como cantautor, como diputado o como obispo, por encima de valores universales como la libertad, la justicia, la igualdad o la dignidad? Dicho de otra forma, ¿qué pasa cuando el nacionalismo identitario triunfa en las urnas en sociedades étnica, lingüística, religiosa o culturalmente heterogéneas? La respuesta es conocida y la experiencia de siglos demuestra que las pulsiones obsesivas de autoafirmación así implantadas en la mente de mucha gente desencadenan inevitablemente enfrentamientos, tensiones, atropellos de derechos humanos, discordias civiles y en último extremo baños de sangre. La imposición mediante normas totalitarias o coacciones físicas o

psicológicas de una identidad canónica en contextos sociales en los que existe diversidad de identidades representa un atentado contra la democracia y supone la humillación, la discriminación o la marginación de sectores, que pueden ser muy amplios, de una colectividad política.

¿Cuál es desde esta perspectiva el error intelectual? Nada menos que la atribución a la identidad de un nivel de significación moral o de autorrealización de los individuos que no le es debido, de impregnarla de una densidad ontológica y ética que no posee y de dotar de trascendencia a una contingencia. Todos nacemos y crecemos, salvo desarraigados prematuros, en un entorno lingüístico, cultural, religioso, gastronómico y folklórico. Esta identidad, que no elegimos, al igual que no elegimos aparecer en este planeta, ha de ser un trampolín para saltar fuera de ella y aprehender el mundo y no una cárcel en la que encerrarnos para fragmentarlo. De este desenfoque conceptual emana una terrible tropelía moral, la de separar a los miembros de una sociedad plural en buenos y malos, en superiores e inferiores, en brahmanes e intocables. Las consecuencias políticas de semejante planteamiento las hemos vivido y las vivimos cotidianamente los catalanes en forma de vulneración de los derechos lingüísticos de los ciudadanos en los ámbitos de la educación y del uso de la lengua oficial del Estado en el espacio institucional y público y también de oportunidades laborales en la Administración, por mencionar tres que son notorias. Es, por tanto, misión obligada de cualquier ciudadano ilustrado y racional contribuir a la desacralización de la identidad, abismo introspectivo que provoca daños letales al proyectarse hacia el exterior limitado por oscuras anteojerías.

Permitidme describir ahora alguna experiencia personal que demuestra hasta qué punto todo el gigantesco esfuerzo burocrático y financiero de los gobiernos nacionalistas de la Generalitat de las últimas cuatro décadas *per fer país* recurriendo a la lengua como instrumento de ingeniería social ha sido trabajo y dinero desperdiciados. Yo nací en 1945 y recibí mi educación primaria, secundaria y universitaria en español. En mi familia, catalana de innumerables generaciones, se hablaba, sin embargo, aunque todos tenían un perfecto dominio del catalán, en español desde hacía más de cien años. Obviamente, todas las instancias municipales y estatales -eran tiempos en los que no gozábamos de las maravillas del Estado de las Autonomías- usaban únicamente el español, tanto internamente como en sus relaciones con la ciudadanía, y en las iglesias, rebosantes en aquellos tiempos, la inmensa mayoría de las homilías se pronunciaban en español. Bien, explicadme pues por qué yo, ya en mi adolescencia, era perfectamente bilingüe en catalán y español y lo he sido siempre. No es ningún misterio. El catalán estaba en el aire, en los juegos del patio del colegio, en los veraneos en Tona, Masnou o Premiá de Mar, en las conversaciones con el dueño del bar de la esquina, *el senyor Miquel*, donde mi magdalena proustiana era, asombraos, un perrito caliente acompañando de un cacaolat, en mis cambios de impresiones con Anita, la dueña de la lechería próxima a casa de mi abuela, que expendía un néveo, tibio y espumoso líquido que había que hervir antes de beberlo, en mis visitas regulares a casa de mi amigo Andrés Vilaró, cuyos padres regentaban una tienda de venta y reparación de máquinas de escribir en la calle Consejo de Ciento entre Balmes y Rambla de Cataluña, en mi larga convalecencia estival en Vilassar de Dalt después de ser operado de sinusitis a los catorce años por la gran eminencia de la otorrinolaringología de la Barcelona de aquella época, mi tío el doctor Josep María Roca de Vinyals, en tantas y tantas ocasiones, lugares y compañías en las que el catalán botaba espontáneo, fresco y natural y mi cerebro infantil lo absorbía sin mayor problema pese a la dictadura, la legalidad entonces vigente y el predominio absoluto del español en los medios de comunicación y en la escena pública. ¿Qué pretendo demostrar con estas vivencias propias tan lejanas en el calendario? Sencillamente, que el ingente y carísimo tinglado erigido por los nacionalistas que ha devorado miles de millones de euros elaborando y ejecutando vastos programas de imposiciones lingüísticas, multiplicando las subvenciones, expulsando a miles de profesores de las escuelas, poniendo barreras a la movilidad de funcionarios, emprendedores y profesionales del resto de España, ha sido un dispendio absurdo porque hubiera bastado simplemente eliminar obstáculos y restricciones, normalizar en el auténtico sentido de esta palabra, y no en el usado por los nacionalistas como disfraz tramposo de la pura y dura coacción, el uso y el acceso al catalán, en un clima de

libertad, cordialidad y complementariedad entre las dos lenguas oficiales para que el catalán floreciese, se extendiese y se disfrutase por el conjunto de la sociedad sin necesidad de recurrir a maniobras abusivas y excluyentes contra el español que, por cierto, sigue siendo la lengua mayoritaria en el terreno familiar y de relación social de los catalanes.

Una cosa que los nacionalistas identitarios no saben es que lo que define de verdad a un pueblo es su sentido del humor. Desde esta óptica, no he conocido catalán más auténtico que Albert Boadella. Nadie que no sea un catalán de *soca-rel* como Albert puede concebir una escena teatral en la que la secretaria del Gran Ubú, la *senyoreta Eulàlia*, para demostrar a unos visitantes del Palau que el president está “*tan dedicat a Catalunya que no pot perdre un segon anant al lavabo*” les revela que “*per això té sota la taula un orinal, atenció, però, no un orinal qualsevol, és un orinal decorat per en Miró*”. Os pondré otros ejemplos igualmente ilustrativos: El filósofo de la Torre de les Hores de Martorell, Francesc Pujols, perdió a su esposa y como era entonces costumbre contestó a las numerosas cartas de pésame recibidas con misivas debidamente introducidas en sobres con orla negra. En su camino hacia el buzón de correos para enviar sus respuestas se cruzó con un joven de la localidad que quiso expresarle sus condolencias y que se entregó a un elogio prolongado de la extinta, alabando su simpatía, su donaire, su bondad, su elegancia y así durante un largo rato. Pujols se impacientó y le interrumpió bruscamente diciendo. “*Sí, jove, sí, té vostè raó. La meva dona gaudia de totes aquestes virtuts, sap que li dic, però, que pitxor hauria estat vostè o jo*”. Insuperable. Durante mi bachillerato elemental tuve un profesor de religión, el padre Marcos Tatché, del que me quedó grabada una clase en la que nos instruía sobre el ayuno y la abstinencia. El padre Tatché, que era un hombre sin grandes pretensiones teológicas, pero dotado de una sensatez envidiable y que de vez en cuando pasaba del castellano al catalán sin que ni él ni sus alumnos nos diéramos cuenta, nos explicó que en una visita a la masía que unos familiares suyos tenían en el Pirineo fue obsequiado con un desayuno pantagruélico, pan con tomate, fuet, costillas de cordero a la brasa y un vino de la tierra intenso y peleón. Tras devorar con afán tan sustanciosas viandas, nos explicó a sus alumnos preadolescentes, “*em vaig adonar de que era dia d’abstinència*”. Un estremecimiento de horror recorrió el aula que acababa de ser advertida del grave pecado que representaba no respetar determinadas restricciones alimenticias en concretos días señalados. Entonces el padre Tatché nos obsequió con una lección impagable de identidad espontánea, muy superior por su concisión y sabiduría a los insoportables ladrillos que tuve que soportar durante mis once años en el Parlamento de Cataluña cada vez que Jordi Pujol subía a la tribuna. Nos dijo nuestro ensotanado mentor: “*¿Sabeu que vaig pensar al adornarm’ en de que era dia d’abstinència*” La clase esperaba una profunda contrición, un pesar profundo por la ofensa al Altísimo al engullir el fuet y las costillas en fecha prohibida. La sorpresa fue mayúscula al oír al santo varón comunicarnos lo siguiente: “*Vaig enlairar una pregària al cel i vaig orar: gràcies, Deu meu, per no haver-me enrecordat*”. Catalanidad en estado puro.

Esta es la catalanidad de la que carecen nuestros nacionalistas golpistas, que, a su desprecio a la ley, a su racismo encubierto, a su totalitarismo de manual, añaden el peor de los defectos: el tedio insufrible al que nos someten con sus discursos y declaraciones. Lo peor de especímenes como Carles Puigdemont no es su cobardía, su fanatismo, su mendacidad su codicia o su insania delirante, lo peor es que son ofensivamente soporíferos. Los catalanes de verdad somos gente alegre y, como describió acertadamente Josep Ferrater Mora, siempre presta a la ironía. Unos tipos tan pesados de catalanes tienen poco. El gran problema de Cataluña no es la independencia, que sólo le traería pobreza, desgarró interno e irrelevancia en el plano internacional, el gran problema de Cataluña son ellos. Ellos son la enorme piedra que Cataluña lleva colgada del cuello y que le barra el paso hacia la prosperidad, la seguridad, el prestigio y el éxito. Hay que derrotarlos en el campo de las ideas y de los votos, sin su derrota Cataluña está condenada a la barbarie. La Asociación por la Tolerancia ha comprendido esta verdad incómoda, pero palpable, desde su manifiesto “En castellano, también, por favor” hace

más de tres décadas. De ahí su enorme mérito, su pugna infatigable y sus muchas decepciones y sufrimientos.

Una verdad que los dos grandes partidos denominados sistémicos jamás han entendido ni hecho suya. Su relación con los nacionalismos identitarios es la historia de una ceguera claudicante. Las democracias son regímenes de opinión y si al mayor enemigo de nuestra democracia constitucional y de nuestra misma existencia como Nación se le entregan los instrumentos más eficaces de conformación de la opinión, la escuela, los medios de comunicación y la capacidad de subvencionar a destajo, el resultado ha sido el 1 de octubre de 2017 y tras la llegada a La Moncloa de un individuo en comparación con el cual Calígula fue un aficionado, la descomposición territorial, jurídica, económica y moral de España aparece como una posibilidad sobrecogedora y real.

A aquellos que, movidos seguramente por la mejor de las intenciones, se rebelan contra los nacionalismos separatistas y se les oponen con gran estruendo gestual y dialéctico blandiendo otro nacionalismo identitario beligerante de mayor dimensión, hay que recordarles que no se extingue el fuego con más fuego y que sus pirotecnias percutantes retroalimentan al mal que quieren doblegar. Las mejores y más nobles armas contra los nacionalismos asfixiantes y antidemocráticos son la racionalidad, los principios de la Ilustración, el Estado de Derecho, la práctica de la tolerancia y del pluralismo y ese rasgo tan característico del carácter catalán que antes he mencionado, el recurso a la ironía. Al fin y al cabo, el espectáculo de sus banderas pseudocubanas, sus eslóganes maniqueos, su agresividad primaria, sus lacitos cursis y su retórica rasante, es ridículamente patético y si no fuera por su alta peligrosidad, despertaría una indulgente benevolencia, la que sienten los adultos por los desmanes de la edad infantil. Hay que imaginar a Kant discutiendo con un cazador-recolector para evaluar la dificultad de sacar de su marasmo mental y moral a las turbas que pueblan, eso sí, en número decreciente, las calles y plazas de Cataluña cada 11 de septiembre vociferando su odio a un enemigo inexistente.

Los seres humanos somos una delgada capa de racionalidad recubriendo una sima de instintos primigenios. Los políticos que deliberadamente recurren a nuestra naturaleza prehistórica, el instinto territorial, el miedo al extraño, la necesidad de la protección de la tribu y el placer de creerse superiores, para generar adhesiones acriticas ahogando las aportaciones más excelsas de la civilización occidental, cometen el peor de los crímenes, el engaño a sus seguidores conduciéndolos por sendas equivocadas que les abocan a la frustración y al fracaso con tal de conseguir ellos el poder y la capacidad de saquear el presupuesto.

Por eso es tan valiosa como imprescindible la labor de la Asociación de la Tolerancia que, a lo largo de treinta años ha mantenido en alto el estandarte de los principios y los valores que han demostrado reiteradamente que son los que garantizan a las sociedades que por ellos se rigen la paz civil, el bienestar material y la calidad de sus instituciones. Y también por este motivo esta noche representa tanto para mí y para mi familia que me acompaña en esta cena y podéis creerme si os digo que el honor que me habéis dispensado ha quedado grabado para siempre en mi corazón.

Muchas gracias.

